

PRESENCIA DE JUSTO SIERRA

POR SALVADOR PINEDA

EL VETUSTO edificio de la Real y Pontificia Universidad de México, depositario de formas sacramentales en desuso, empolvado de viejos libros y antiguos pergaminos, un día abrió sus puertas para mirar a la calle, y llegó hasta sus rincones un soplo renovador. Al asomarse más allá de sus muros, sintió que el rumor de la vida le daba nuevos bríos, que el contacto con el mundo de afuera rejuvenecía su alma y señalaba nuevos rumbos a su existencia.

Justo Sierra fué, entonces, el gran reformador: barrió las viejas reliquias y las borlas doctorales para introducir nuevos usos académicos, adaptando las nuevas orientaciones del saber nacional. Pensó atinadamente que la ciencia llega a crear una aristocracia del espíritu; pero sostuvo, en cambio, que no debe ser una casta de indiferentes la egoísta poseedora de la cultura, sino un conjunto de hombres vinculados a la realidad social para sacar de ella los postulados esenciales.

Aseguró, asimismo, que la Universidad jamás debe ser una torre de marfil, alejada de las angustias y los dolores del pueblo, sino un organismo vivo por cuyas venas circule la savia de su tierra y la sangre de su raza, la

antorcha luminosa de pensamientos amplios, lámpara votiva con el aceite renovado para mantener viva la luz de la verdad.

Quiso el Maestro, además, que la Universidad se formara al calor de las ansias populares y con la esencia diáfana de la juventud para que fuera Casa de hombres responsables, albergue purificador de espíritus y reducto heroico de la libertad. En bella metáfora comparó la naciente institución con un árbol frondoso enraizado en tierra mexicana; pero apenas "brota del suelo el vástago, cuando al primer beso del sol de la Patria se cubre de renuevos y yemas, nuncios de frondas, de flores y de frutos".

Desde entonces, su palabra autorizada ha sido guía y señal, signo director en la generosidad de los propósitos y las acciones trascendentes; su enseñanza docta, todavía plena de actualidad, ha sido para las generaciones mexicanas faro orientador, ejemplo de dignidad, voz de alerta en la incertidumbre de la hora. Basta con recordar sus expresiones en torno a los fueros de la persona humana, para tener confianza en la supervivencia del espíritu por encima del dogmatismo y la fuerza dictatorial: "Los fundadores de la Universidad de antaño decían: «La verdad está definida: enseñadla»; nosotros decimos a los universitarios de hoy: «La verdad se va definiendo: buscadla.» Aquéllos decían: «Sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político, resumido en estas palabras: Dios y el Rey.» Nosotros decimos: «Sois un grupo en perpetua selección, dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad.»"

La democracia y la libertad son las dos columnas angulares de la cultura occidental, y estos dos principios lucharon en la última contienda contra las fuerzas agresivas que en vano intentaron esclavizar al mundo y aniquilar el pensamiento. Justo Sierra es, por eso, la voz auténtica de México en este instante de prueba; pero también es la fuente más pura del

caudal universitario, y en su pensamiento tendrán que inspirarse los que quieran, en verdad, nacionalizar la ciencia y mexicanizar el saber, ya que en sus ideas hay toda una doctrina educativa capaz de fijar las orientaciones pedagógicas de la escuela mexicana.

En su alto mensaje ha de cobrar aliento la Universidad, cuando su acción irradie definitivamente hacia la vida nacional; apartarse de él será, a lo sumo, actuar en el vacío, perder la línea del deber universitario.

Por eso, creemos que la Universidad ha de estar alerta a las indicaciones del pasado, pero solícita y atenta ante las urgencias del presente y con la pupila vigilante para vislumbrar el porvenir. Si hemos de cumplir

de la vida. El silencio es pecado cuando la lucha reclama acciones inmediatas y el instante grave nos urge a dirigir la voluntad hacia metas definidas de salvación humana. Por lo demás, niegan la posibilidad de ser grandes los que creen que la juventud ha de vegetar arropada por un cientificismo frío y calculado, absorta en el estudio rutinario y estéril de textos limitados, como si la existencia fuera, por desgracia, un fácil e interesado conformismo. Quienes aconsejan la pasividad y el método inferior de los aislamientos y las vacilaciones, olvidan que eludir el destino por un supuesto afán de éxito profesional equivale a incurrir en la más triste de las mediocridades. ¡Pobre juventud la que, a nombre de una sabiduría sorda



Justo Sierra. (Dibujo de Julio Prieto.)

nuestra misión histórica, es indispensable vivir en Casa abierta a los ruidos del viento, para que las inquietudes de superación se fortalezcan con el contacto de la vida nacional. La convivencia en las aulas ha de ser como una eterna primavera: fresca en el pensamiento, florecimiento en los ideales de grandeza y plenitud. Así lo predicó Justo Sierra cuando dijo: "La Universidad es la cima en que brota la fuente, clara como el cristal de la fuente horaciana, que baja a regar las plantas germinadas en el terruño nacional y sube en el ánimo del pueblo por alta que éste la tenga puesta."

De ahí que sea vana necedad querer que la Universidad duerma en la inercia de un reposo tranquilo, indiferente a los clamores y requerimientos

y egoísta, acabe por matar los más nobles impulsos de la vitalidad!

Es preciso no caer en la infructuosa situación de simples seres parasitarios o decorativos, sin capacidad moral para vencer las trivialidades de lo ordinario; la ilusión debe mantenerse puesta en los altos objetivos. Los jóvenes deben seguir el camino que trazó Justo Sierra, quien predicó la escuela de la conducta ejemplar, no con alma de mármol blanco, sino de corazón palpitante, capaz de alimentar impulsos de transformación humana: "la mental, como se transforma la luz; la sentimental, como se transforma el calor, y la física, como se transforma el movimiento, en una energía sola, en una especie de electricidad moral, que es propiamente lo que integra al hombre..."

DICCIONARIO TECNOLOGICO

PARA

INGENIEROS CIVILES
Y CONSTRUCTORES

POR

LUIS A. ROBB

Miembro de The American Society of Civil Engineers y de la Ambursen Engineering Corporation.

Un DICCIONARIO práctico, completamente al día, conteniendo los términos de Ingeniería Civil y Construcción usuales en Norte e Hispanoamérica. Volumen de 440 páginas, español-inglés e inglés-español, en tamaño 14 x 19.

EDITADO POR

JOHN WILEY &
SONS, INC.

DE VENTA EN

AXEL MORIEL,
SUCRS.

SAN JUAN DE LETRAN 24,

Desp. 116. Edificio "Cook".

Apartado 2762.

MEXICO, D. F.